

LA FILOSOFÍA Y LA TEOLOGÍA SOBRENATURAL

La filosofía tiene por objeto la totalidad de la realidad. Y esto incluye a Dios, sobre quien la razón algunas cosas puede afirmar o negar. Pero la filosofía no es la única que tiene a Dios como objeto. Hay también otro saber que centra su interés en Dios, aunque no lo hace a partir de lo que la razón humana puede llegar a concebir sobre Él, sino desde los datos de la Revelación, es decir, de lo que Dios mismo ha dicho sobre sí mismo, palabra que recibe nuestra aceptación por medio de la fe. De modo que hay un relato posible sobre Dios que es filosófico y otro que no lo es. Como ejemplo de esto se puede contraponer la noción del ser como origen de todas las cosas, conquistada por la razón humana en Parménides de Elea en su poema *Acerca de la naturaleza*, y la del *ser* que se encuentra en el libro del *Éxodo* del *Antiguo Testamento*.

Parménides, filósofo griego que nació probablemente a fines del siglo VI antes de Cristo escribió en su Poema: “Es necesario que sea lo que cabe que se diga y se conciba. Pues hay ser, pero nada, no la hay”. (Fragmento 6) Y un poco más adelante continúa: “Así que es necesario que [el ser] sea plenamente o que no sea en absoluto. Y nunca la fuerza de la convicción admitirá que, de lo que no es, nazca algo fuera de sí mismo”. (Fragmento 8)

Lo que expresa este pensador es que algo que llama *ser* es el origen de todas las cosas, y que este *ser* es “ingénito e imperecedero, entero, único, inmutable y completo. Y que no ‘fue una vez’, ni ‘será’, pues ahora es todo a la vez, uno, continuo. Pues ¿qué origen le buscarías?” (Fragmento 8). Es necesario decir y pensar que el ser es.

Muy diferente es el contexto en el que el pueblo de Israel recibe la noticia de que Dios es *el que es*: en la cima del monte Sinaí e inte-

rrogado por Moisés acerca de su nombre, Dios se define a sí mismo como “El que es”. Moisés ha escuchado a alguien que le habla y al que no ve, que le dice que debe sacar a su pueblo de la esclavitud en Egipto y llevarlo a tierras de abundancia. Y a este que le habla, Moisés le pregunta en nombre de quién ha de llevar este mandato a su pueblo.

“Pero si voy a los hijos de Israel y les digo: el Dios de vuestros padres me envía a vosotros, y me preguntan cuál es su nombre, ¿qué voy a responderles?” Y Dios dijo a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Así responderás a los hijos de Israel: YO SOY me manda a vosotros” (*Éxodo* 3; 13, 14)

Las dos afirmaciones, la de Parménides y la del *Éxodo*, son similares. Sin embargo, una es filosófica y la otra no. La de Parménides es filosófica porque tiene su origen en la razón humana. La del *Exodo* no lo es porque tiene su fuente en la Revelación divina, en la Palabra de Dios.

La filosofía que se dedica al estudio de Dios se llama teología, como alguna vez la denominó Aristóteles. Pero se trata de una teología natural, que se desarrolla a la luz de la razón y que forma parte de la metafísica, que estudia a todos los seres (el ser en cuanto ser), incluso a Dios, el mismo Ser Subsistente. A esta parte de la filosofía que estudia a Dios le interesan fundamentalmente dos grandes problemas: la existencia de Dios, y qué es Dios (la esencia de Dios). La Doctrina Sagrada, o Teología sobrenatural, en cambio, se apoya en la fe y parte de los datos revelados. Recoge y organiza las verdades reveladas, contenidas en la Escritura y en la Tradición. Los filósofos y teólogos medievales tuvieron mucho cuidado en *distinguir* la razón de la fe. Tal es el caso de Tomás de Aquino, quien comienza su *Suma Teológica* (la Primera Parte) con la cuestión 1 (“Cuál sea la doctrina sagrada y a qué cosas se extiende”), y en ésta con su primer artículo, cuyo título es *Si es necesario que haya una doctrina distinta de las ciencias filosóficas*. Hay que advertir que el autor utiliza la expresión “ciencias filosóficas” porque en el siglo XIII se utiliza todavía la concepción griega (concretamente aristotélica) de la filosofía como “ciencia”. Para una mayor comprensión entonces modificaré el original utilizando la expresión “filosofía” donde el autor escribe “ciencia filosófica”.

Tomás de Aquino comienza el análisis del problema planteado

en el título del artículo presentando las dificultades, ya que no parece necesario que exista una doctrina diferente a la filosofía porque: 1) El hombre no debe tratar de comprender lo que la razón no puede comprender, y lo que la razón puede comprender ya lo estudia la filosofía, y 2) La filosofía estudia a todos los seres, incluso a Dios, pero esto ya lo estudia la filosofía. Pero contra esto Tomás contrapone el argumento de autoridad, muy usado por los teólogos, recurriendo en este caso al Apóstol San Pablo, quien escribe en la segunda carta a Timoteo que “toda Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia”. Pero, observa Tomás, la Escritura divinamente inspirada no pertenece a la filosofía, que es un descubrimiento de la razón humana. Luego es útil que además de ésta haya otra doctrina inspirada por Dios. Según esto, aparece con toda claridad que para Tomás de Aquino la filosofía y la doctrina inspirada por Dios son dos cosas *diferentes*. La causa fundamental de esto, como se verá a lo largo del texto, es que la filosofía es obra de la razón humana, y la doctrina inspirada por Dios, que aquí llamamos *teología sobrenatural*, no lo es. Una se apoya en lo que descubre la investigación racional, y la otra en la Revelación divina, en la fe o aceptación de lo revelado tal como lo encontramos en la Biblia. Obsérvese que en un texto tan breve como este artículo primero de la *Suma Teológica*, que no tiene mucho más de una página, el autor afirma cinco veces (no hay que olvidar que, según su *Prólogo*, la *Suma Teológica* es una obra escrita por Tomás para estudiantes universitarios que recién comienzan sus estudios, de allí su tono didáctico), con pequeñas variantes, que la filosofía es “campo de investigación de la razón humana”, esto es, que las cosas que estudia son “asequibles con la luz de la razón natural”.

La respuesta (el cuerpo del artículo) de Tomás al problema planteado en el título del artículo es que “Fue necesario para la salvación del género humano que, aparte de las disciplinas filosóficas, campo de investigación de la razón humana, hubiese alguna doctrina fundada en la revelación divina”. Y esto es así por dos razones: porque el hombre está ordenado a Dios como a un fin que excede la capacidad de comprensión del entendimiento humano, por lo que fue necesaria la revelación de las verdades sobre Dios que ningún hombre podría obtener por sí mismo, y porque en el caso de aquellas verdades sobre Dios que la razón humana podría comprender, éstas solamente podrían ser alcanzadas por pocos hombres, después de mucho tiempo

y mezcladas con muchos errores. Queda claro que la Revelación (objeto de estudio de la Teología Sobrenatural) tiene por objeto la salvación de los hombres, no el conocimiento de Dios por un fin meramente cognoscitivo. Por eso, aquellas cosas que el hombre no puede comprender porque están más allá del alcance de la razón las debe aceptar por la fe en lo que Dios le ha revelado. Finalmente, si bien la filosofía estudia a todos los seres, incluso a Dios, la Teología Sobrenatural también puede hacerlo, ya que dos “ciencias” pueden estudiar lo mismo, siempre que lo hagan desde un punto de vista distinto. “Por consiguiente, la teología que se ocupa de la doctrina sagrada difiere en género de aquella otra teología que forma parte de las ciencias filosóficas”.

Los filósofos modernos no le dieron a esta cuestión, la de la relación entre filosofía y Teología Sobrenatural, la importancia que tuvo en los filósofos medievales. Su interés era otro, y un cambio marcado de lo que les interesaba puede encontrarse en Descartes, quien escribe en la primera parte del *Discurso del método* que respeta la teología, aunque observa que para examinarla con éxito es preciso tener alguna asistencia extraordinaria del cielo y ser más que hombre. Lo que Tomás de Aquino había *distinguido* en Descartes se encuentra *separado*. Pero, con todo, para separar algo hay que reconocer su existencia. Con diversos matices, esta será la posición de muchos filósofos modernos.

Un cambio más importante en la manera de entender la relación entre filosofía y teología sobrenatural se produce con Kant y Comte. Para Kant Dios no es objeto de conocimiento. En su obra *La religión dentro de los límites de la razón* sostiene que el filósofo puede juzgar a la religión revelada con el objeto de construir un “sistema racional puro” de la religión. Para Kant la existencia de Dios es un postulado de la razón práctica pura, una necesidad moral subjetiva. Escribe al respecto en la *Crítica de la razón práctica*:

El postulado de la posibilidad del bien derivado supremo (del mejor mundo) es al mismo tiempo el postulado de la realidad de un bien primitivo supremo, o sea de la existencia de Dios. Y como nuestro deber era promover el bien supremo, era no sólo facultad, sino también necesidad enlazada con el deber como requerimiento, la posibilidad de suponer este bien supremo; lo cual, como sólo se da bajo la condición de la existencia de Dios, une su suposición inseparablemente con el deber, o sea que es moralmente necesario suponer la existencia de Dios.

Pero aclara Kant que con esto no se entiende que la suposición de la existencia de Dios sea necesaria como fundamento de toda obligatoriedad, por lo que sostiene que el principio cristiano de la moral no es teológico (esto supondría que tal principio sería heterónomo), tiene su origen en la autonomía de la razón práctica pura para sí misma, porque no convierte el conocimiento de Dios y de su voluntad en fundamento de las leyes. La teología se encuentra en Kant reducida a procurar una convicción moral.

La postura de Augusto Comte es todavía mucho más radical: el estadio *teológico* es el estado ficticio que se corresponde con la niñez de la humanidad, en el cual se explicaba el mundo a través de seres imaginarios. La ciencia, sostiene en el estadio positivo, no admite ninguna posibilidad de especulación acerca de Dios. A esta negación de la teología le sucederá pronto la negación misma de Dios, con el ateísmo de Carlos Marx y de Federico Nietzsche en el siglo XIX o de Jean Paul Sartre en el siglo XX. Este ateísmo vuelve imposible el planteo de la relación entre filosofía y teología sobrenatural, al mismo tiempo que debilita sustantivamente a la filosofía misma, por privarla del más alto de sus objetos.

Para que pueda plantearse la relación entre filosofía y teología sobrenatural debe admitirse la existencia de Dios. Ahora bien, la fe no es una filosofía. Y por eso si bien hay sistemas filosóficos que se prestan mejor que otros a establecer una relación armónica con la teología sagrada, esto no es privativo de ninguno. No hay *una* postura filosófica que tenga la verdad total sobre Dios. Esta exclusividad en todo caso puede afirmarla el teólogo, pero no el filósofo. En teología es admisible la condena de enunciados contrarios a los propios. Esto en absoluto es pertinente en filosofía. La filosofía es el esfuerzo por *ascender*, mediante la luz natural de la razón, hasta Dios, dentro de lo humanamente posible. Por eso el filósofo nunca parte de Dios; trata de llegar a Él como término de su especulación. La Teología Sobrenatural —y con ella la religión— es el *descenso* de Dios al hombre, para santificarlo. El teólogo sí parte de Dios.

Ni la fe se deduce de una filosofía ni todos los conocimientos filosóficos posibles sobre Dios nos conducen hacia el Dios de la fe, a Dios como Padre y Salvador de todos los hombres. La *distinción* de Tomás de Aquino entre filosofía y teología sobrenatural sigue siendo válida, al menos para el filósofo creyente.

Sobre las relaciones entre Filosofía y teología sobrenatural pueden encontrarse más precisiones en Etienne Gilson, *El filósofo y la teología*. (Trad. de G. Torrente Ballester. Ed. Guadarrama, Madrid, 1962). También en Raúl Echaury, “Fe y razón en la reflexión filosófica”, *Anuario Filosófico*, vol. II, 1969, Universidad de Navarra. Sobre las relaciones entre la teología y la filosofía moral hay interesantes precisiones en José Luis L. Aranguren, *Ética* (Revista de Occidente, Madrid, 1972). Sobre la naturaleza de la Revelación puede consultarse de Romano Guardini *Religión y Revelación* (Trad. de José María Valverde, Ed. Guadarrama, Madrid, 1964). La cita de Parménides corresponde a la traducción de Alberto Bernabé, en *Filósofos presocráticos (De Tales a Demócrito)*. (Ed. Altaza, Barcelona, 1997). El texto citado de la *Crítica de la razón práctica* de Manuel Kant pertenece a la traducción de J. Rovira Armengol (Losada, Buenos aires, 1961), Libro II, capítulo V, p. 134.

Juan Carlos Pablo Ballesteros